

y (4) con frecuencia los salarios y los precios de las mercaderías varían en dirección opuesta: así, los cereales son más baratos, y los salarios más caros en Inglaterra que en Escocia;

y en el siglo anterior los cereales eran más caros y los salarios más baratos que en el siglo actual,

corresponden —ni en lugar ni en tiempo— con las del precio de las provisiones, sino que suelen ser enteramente opuestas.

El grano, común sustento del pueblo, es más caro en Escocia que en Inglaterra, de donde recibe aquélla todos los años grandes cantidades de cereales. Pero el grano inglés hay que venderlo más caro en Escocia, país a donde se remite, que en Inglaterra, país desde el cual se envía; ahora bien, siendo la calidad semejante, no se puede vender allí más caro que el producido en el país, con el cual compete. La calidad del grano depende principalmente de la cantidad de harina en flor o de harina integral que rinde en el molino, y, en este respecto, el inglés es muy superior al escocés, pues aunque parezca muchas veces más caro, en proporción a su volumen, es en general más barato, tanto si se tiene en cuenta la calidad como el peso. El precio del trabajo, por el contrario, es más caro en Inglaterra que en Escocia, de donde se infiere que si en una parte del Reino Unido puede un trabajador mantener a su familia, en la otra afluirá en abundancia. El pan de avena constituye en Escocia el principal alimento de la mayor parte de la población, y por lo general es inferior en casi todo el país a lo que suele ser en Inglaterra<sup>25</sup> la comida de las gentes pertenecientes a las mismas clases. Pero esta diferencia en la manera de alimentarse no es la causa, sino el efecto de la diferencia en los salarios, aunque por una falsa interpretación nos hayamos acostumbrado a oír lo contrario. ~~No es un hombre rico y otro pobre, porque el uno tenga coche y el otro camine a pie, sino que por el contrario, el primero anda en coche porque es rico, y el otro a pie, porque es pobre.~~

En todo el curso del siglo pasado, contando un año con otro, estuvo el grano en todas las regiones del Reino Unido más caro que lo está ahora. Ésta es una cuestión de hecho que no admite ninguna duda, y la prueba es aún más concluyente, si cabe, en Escocia que en Inglaterra. Esta verdad se confirma allí por testimonio de los recaudadores públicos, cuyas evaluaciones anuales se hacen bajo juramento, según la situación de sus mercados, para toda clase de granos en los diferentes condados de Escocia. Si una prueba tan directa necesitase un apoyo subsidiario, diríamos que esto mismo acontece en Francia, y probablemente en la mayor parte de Europa, aun cuando con respecto a dicho país es mucho más claro el testimonio.<sup>26</sup> Pero no obstante la evidencia de que en las dos partes del Reino Unido estuvo el grano algo más caro en el siglo pasado que ahora, es igualmente cierto que los salarios del trabajo estuvieron más bajos. Si los trabajadores pobres pudieron entonces alimentar sus familias, con tanta más facilidad podrán hacerlo ahora. En el siglo pasado, los salarios corrientes en la mayor parte de Escocia fueron de seis peniques en el

<sup>25</sup> Nuevamente se insiste en la inferioridad de la harina de avena, *infra*, p. 156.

<sup>26</sup> Autoridades cit. *infra*, p. 231.

verano, y de cinco en el invierno. Tres chelines por semana, aproximadamente el mismo precio, se continúa pagando en algunas partes de las tierras altas de Escocia y en las islas occidentales. En casi todas las tierras bajas los salarios más corrientes son, en la actualidad, de ocho peniques al día; diez peniques, y, a veces, un chelín, en los alrededores de Edimburgo y en la zona lindante con Inglaterra, probablemente en razón de esta proximidad, y en algunos lugares, donde en estos últimos tiempos ha habido un aumento considerable en la demanda de trabajo, cual acontece en Glasgow, Carron, Ayr-Shire, etcétera. En Inglaterra los adelantos en la agricultura, en las manufacturas y en el comercio tuvieron lugar mucho antes que en Escocia. La demanda de trabajo y, en consecuencia, el precio, registraron necesariamente un alza a causa de estos progresos. De acuerdo con cuanto antecede, los salarios fueron más altos en Inglaterra que en Escocia en el siglo pasado y en el presente. Desde aquel entonces se han elevado considerablemente, pero debido a la gran diversidad de los salarios pagados en distintos lugares, se hace difícil averiguar en qué cuantía. En el año 1614 la paga de un soldado de infantería era la misma que ahora, ocho peniques diarios.<sup>27</sup> Cuando se estableció esa paga seguramente se reguló por el salario normal de un jornalero, que es la clase de gente de donde proceden, por regla general, los soldados de infantería. Lord Hales,<sup>28</sup> Justicia de Inglaterra, que escribió en la época de Carlos II, considera que diez chelines por semana o veintiséis libras al año, representan el gasto necesario de la familia de un trabajador, compuesta de seis personas, padre, madre, dos hijos hábiles para el trabajo y dos todavía pequeños. Si con su trabajo no alcanzan esa suma, deberán completarla, según ese autor, robando o pidiendo limosna; y, por lo que parece, investigó con esmero el asunto.<sup>29</sup> En el año 1688, Gregorio King, cuyos conocimientos en aritmética política fueron tan elogiados por el doctor Davenant,<sup>30</sup> estimó el ingreso corriente de los trabajadores y criados no domésticos en quince libras al año por familia, de tres personas y media como promedio.<sup>31</sup> Este cálculo, aunque diferente en apariencia, coincide sustancialmente con el del juez Hales, puesto que ambos suponen que unos veinte peniques por persona es el gasto semanal de familias así integradas. Tanto el ingreso nominal como el gasto de dichas

<sup>27</sup> Hume, *History*, ed. de 1773, vol. VI, p. 178, citando a Rymer, *Foedera*, t. XVI, p. 717. Se encontraba destacado en Alemania.

<sup>28</sup> Sir Matthew Hale.

<sup>29</sup> Cf. su esquema para la manutención de los pobres, en Burn, *History of the Poor-Laws*. Esta nota aparece primero en la 2ª ed. Hale, *Discourse Touching Provision for the Poor*, se imprimió en 1683. No contiene una evidencia intrínseca de la minuciosa encuesta atribuida a él por Smith.

<sup>30</sup> Davenant, *Essay upon the probable Method of Making a People Gainer in the Balance of Trade*, 1699, pp. 15, 16; en *Works*, ed. Whitworth, vol. II, p. 175.

<sup>31</sup> Esquema D, en Davenant, *Balance of Trade*, en *Works*, Esquema B, vol. II, p. 184. Cf. *infra*, p. 189, nota.

familias ha aumentado considerablemente, desde entonces, en la mayoría de los lugares del Reino, en unos sitios más, y en otros, menos, aun cuando quizá no tanto como el público comenta, cuando se habla actualmente de los salarios del trabajo. En ninguna parte se puede hacer una estimación exacta del precio del trabajo, pues, a veces, en un mismo lugar se pagan precios diferentes por la misma clase de tarea, no sólo por razón de la destreza de los operarios, sino según el desinterés o la dureza de los amos. Donde los salarios no están regulados por la ley, lo más que podemos inquirir es la cuantía del precio regular o corriente, y la experiencia parece demostrarnos que las disposiciones legales jamás pueden regularlos de una manera apropiada, aunque tal sea su propósito, con frecuencia.

mientras que otros artículos y servicios necesarios se han abaratado también

La recompensa real del salario, o sea la cantidad efectiva de las cosas necesarias y útiles para la vida que dicha recompensa procura al obrero, ha aumentado en el curso de la presente centuria quizá en mayor proporción que el precio en dinero. No sólo el grano es algo más barato, sino también otras muchas cosas, de las que el pobre laborioso deriva una dieta variada y agradable. Las patatas, por ejemplo, no valen actualmente, en la mayor parte de las regiones de Inglaterra la mitad de lo que valían hace treinta o cuarenta años. Lo mismo se puede decir de los nabos, zanahorias y coles, así como de otras producciones que antes sólo se cultivaban con la azada, y ahora con arado. Las hortalizas de todas clases se han abaratado también. La mayor parte de las manzanas y de las cebollas que se consumían en el siglo pasado en Inglaterra se importaban de Flandes. Los grandes progresos registrados en los tejidos corrientes de lana y de lino proporcionan a los trabajadores telas más baratas y mejores, y los adelantos en las manufacturas de metales corrientes les proveen de instrumentos más baratos y mejores para sus respectivos oficios, como también de objetos más útiles y cómodos para el ajuar. El jabón, la sal, las velas, los cueros y los licores fermentados resultan bastante más caros, pero ello se debe a las contribuciones que los gravan. Ahora bien, la cantidad de todas estas cosas que tiene necesidad de consumir el trabajador pobre es tan pequeña, que el aumento de su precio no contrarresta la reducción que se opera en otros muchos artículos. La lamentación general en el sentido de que el lujo se introduce hasta en las clases ínfimas del pueblo y de que actualmente un pobre trabajador no se contenta con el mismo alimento, vestido y habitación con que se contentaba en otra época, puede llevarnos al convencimiento de que no sólo ha aumentado el precio del trabajo expresado en dinero, sino la recompensa real.

Esta mejora en las condiciones de las clases inferiores del pueblo ¿debe considerarse ventajosa o perjudicial para la sociedad?<sup>32</sup> La

<sup>32</sup> Berkeley, *Querist*, 5ª ed., 1752, cuest. 2, pregunta "si puede considerarse pobre un pueblo cuando las gentes de la clase baja están bien alimentadas, vesti-

respuesta a primera vista parece muy sencilla. Los criados, los trabajadores y los operarios de todas las categorías constituyen la mayoría en toda sociedad política de importancia. En consecuencia, no puede ser perjudicial para el todo social lo que aprovecha a la mayor parte de sus componentes. Ninguna sociedad puede ser floreciente y feliz si la mayor parte de sus miembros son pobres y miserables. Es, por añadidura, equitativo que quienes alimentan, visten y albergan al pueblo entero participen de tal modo en el producto de su propia labor que ellos también se encuentren razonablemente alimentados, vestidos y alojados.

La pobreza, aunque, sin duda, desanima los matrimonios, no los impide totalmente, y aun parece, en cierto modo, dar pábulo a la procreación. Una montañesa, aunque medio muerta de hambre, tiene, por lo común, más de veinte hijos, mientras que una dama criada en la abundancia es, a menudo, incapaz de tener más de uno, y se agota cuando da a luz dos o tres. La esterilidad, tan frecuente entre las mujeres de alto rango, es muy rara en las clases inferiores. El lujo, en el bello sexo, si por un lado inflama la pasión por el goce, parece que debilita siempre y, a veces, destruye totalmente las facultades reproductivas.

Pero la pobreza, aunque no es un obstáculo para la reproducción, es en extremo desfavorable para la crianza de los hijos. Germina la tierna planta; pero en un suelo tan árido y en un clima tan frío muy pronto se marchita y muere. Se oye decir con frecuencia que en las tierras altas de Escocia la madre que ha tenido veinte hijos apenas conserva dos. Varios funcionarios de gran experiencia nos han asegurado que al hacer la recluta para sus regimientos no han podido siquiera suplir la falta de pífanos y tambores entre los niños de sus mismos soldados. A pesar de que es difícil encontrar en parte alguna más criaturas que en las barracas de los soldados, son muy pocos los que llegan a la edad de trece o catorce años. En ciertos lugares mueren, por lo regular, antes de la edad de cuatro años, en otros, antes de los siete, y, en los más, sin llegar a los diez. Esta gran mortalidad se advierte generalmente entre los hijos de las clases bajas que no pueden cuidarlos con la misma solicitud que los de mejor condición. Aun cuando sus matrimonios son más fecundos que los de las clases altas, sólo una pequeña proporción de sus hijos alcanza la madurez. En los hospicios y en los asilos de las parroquias la mortalidad entre los niños del pueblo bajo es todavía mayor.

Todas las especies de animales se multiplican en proporción a los medios de subsistencia, y no hay especies que puedan hacerlo por encima de esa proporción. Pero en una sociedad civilizada sólo entre

das y alojadas". Hume, "On Commerce", dice así: "La grandeza de un Estado y la felicidad de sus ciudadanos, por independientes que pueda suponerseles en ciertos aspectos, se consideran habitualmente como inseparables por lo que respecta al comercio." *Political Discourses*, 1752, p. 4.

Los altos rendimientos del trabajo son ventajosos para la sociedad.

La pobreza no evita los nacimientos,

pero es una rémora a la crianza de los niños.

y en consecuencia restringe su multiplicación,

las gentes de los rangos inferiores del pueblo la escasez de alimentos puede poner límites a la multiplicación de la especie humana; y esto no puede ocurrir de otro modo que destruyendo una gran parte de los hijos, fruto de fecundos matrimonios.

mientras que una generosa recompensa del trabajador la estimula, La recompensa liberal del trabajo, al facilitar a los trabajadores una mejor manera de atender a sus hijos, subdividiendo a la crianza de un mayor número, de ellos, tiende de una manera natural a extender y ampliar aquellos límites. Mas es de advertir también que produce esos efectos aproximadamente en proporción a la demanda de trabajadores.<sup>33</sup> Si esta demanda continúa aumentando, la remuneración del trabajo estimulará necesariamente los matrimonios y la multiplicación de los obreros, de tal suerte que los capacite para suplir el continuo incremento de la demanda con una población gradualmente en aumento. Si en un determinado momento aquella remuneración fuese inferior a la necesaria para ese propósito, la deficiencia de mano de obra muy pronto la haría subir; y si, en determinadas circunstancias, fuera superabundante la excesiva multiplicación haría que bajase rápidamente a su nivel necesario. El mercado se hallaría unas veces tan escaso de mano de obra, y otras, tan saturado, que muy pronto su precio se amoldaría a aquel preciso nivel que las circunstancias de la sociedad imponen. Así es como la demanda de hombres, al igual de lo que ocurre con las demás mercancías, regula de una manera necesaria la producción de la especie, acelerándola cuando va lenta y frenándola cuando se aviva demasiado. Esta misma demanda es la que regula y determina las condiciones de la procreación en todos los países del mundo, lo mismo en América del Norte, que en Europa y en China, y por ello es rápida y progresiva en la primera, lenta y gradual en la segunda, y por completo estacionaria en la última.<sup>34</sup>

pues se debe pagar por el deterioro de las condiciones de vida del hombre libre lo mismo que en el caso del esclavo, aunque no en forma tan extravagante. Las expensas para el sostenimiento de un esclavo se dice vulgarmente que corren a cargo del señor, en tanto que esos mismos gastos del servidor libre corren por su cuenta. Pero en realidad, los gastos incurridos en el sostenimiento del segundo son una carga del amo, como si se tratase de un esclavo. Los salarios pagados a los jornaleros y criados, de cualquier clase que sean, deben ser de tal magnitud que basten, por término medio, para que su raza se perpetúe, de acuerdo con los requerimientos planteados, en la sociedad, por una demanda creciente, decreciente o estacionaria de mano de obra. Pero, aunque el mantenimiento o sustitución de un criado libre corra a cuenta de de su amo, cuesta, sin duda, a éste menos que el de un esclavo. El

<sup>33</sup> Cantillon, *Ensayo, ob. cit.*, pt. I, cap. IX, título, "El número de labradores, artesanos y otros, que trabajan en un Estado, guarda relación, naturalmente, con la necesidad que de ellos se tiene."

<sup>34</sup> Berkeley, *Querist*, cuest. 62, pregunta "si un país, habitado por gentes bien alimentadas, vestidas y alojadas, no se haría cada día más populoso, y si un numeroso grupo de gentes, en tales circunstancias, no constituiría una nación floreciente".

fondo destinado a reparar o sustituir un siervo, a su amortización y sostenimiento, si podemos expresarnos así, está administrado por un dueño negligente o un mayordomo despreocupado. En cambio, el designado a ese fin, cuando se trata de un hombre libre, lo maneja él mismo. Los desarreglos que generalmente se advierten en la hacienda del rico se traslucen en el cuidado del esclavo, mientras que la frugalidad y cuidadosa atención del pobre se encuentran naturalmente en el hombre libre. Siendo la administración tan distinta, es indudable que el mismo propósito ha de requerir grados diferentes de gasto para llevarlo a cabo. De acuerdo, pues, con la experiencia de todos los siglos y naciones, nos parece evidente que las labores hechas por los hombres libres salen siempre más baratas, a la postre, que las realizadas por esclavos. Y esto se comprueba en Boston, Nueva York y Filadelfia, donde tan altos son los salarios del trabajador corriente.

Por consiguiente, la recompensa liberal del trabajo, que es el efecto de la riqueza progresiva, es también la causa del aumento de población. Quejarse de ello es tanto como lamentarse del efecto necesario y de la causa de la mayor prosperidad.

Es digno de notarse, también, que durante un período de progreso —o sea mientras la sociedad avanza hacia ulteriores incrementos de riqueza— más bien que en otro en que la sociedad alcanzó el máximo de las asequibles, es cuando la situación del obrero pobre —es decir, de la gran masa de población— se revela como más feliz y confortable. Por el contrario, la situación de ese obrero es dura en el estado estacionario, y miserable en el decadente. El progresivo es, en realidad, un estado feliz y lisonjero para todas las clases de la sociedad; el estacionario, triste, y el decadente melancólico.

La recompensa liberal del trabajo fomenta la propagación de la clase baja y, con ella, la laboriosidad del pueblo. Los salarios del trabajo son un estimulante de la actividad productiva, la cual, como cualquier otra cualidad humana, mejora proporcionalmente al estímulo que recibe. Una manutención abundante aumenta la fortaleza corporal del trabajador, y la agradable confianza de mejorar su condición, así como la de acabar sus días en plenitud y desahogo, le animan a movilizar todos sus esfuerzos. En consecuencia, nos encontramos que allí donde los salarios del trabajo son crecidos, los obreros son más activos, diligentes y expeditivos que donde son bajos; por ejemplo, en Inglaterra, más que en Escocia, y en las cercanías de las grandes ciudades más que en las aldeas lejanas. Es verdad también que algunos artesanos cuando pueden ganar en cuatro días la manutención de la semana, suelen caer en la ociosidad los tres días restantes. Mas esto no ocurre en la mayor parte de los casos.<sup>35</sup> Al contrario, cuando se paga a los operarios liberalmente por piezas se estimulan de tal forma que se sobrexceden y corren el riesgo de arruinar su salud y constitución física en pocos años. En Londres, y en otros lu-

Los altos salarios dan lugar al incremento de la población.

El estado progresivo es el más favorable para el trabajador pobre.

Los altos salarios son un estímulo para la actividad económica.

<sup>35</sup> Esta opinión es más favorable que la expresada en *Lectures*, p. 257.

gares, se da por supuesto que un carpintero no conserva el vigor arriba de ocho años. Algo semejante ocurre en otros muchos oficios, en los que se paga a destajo a los obreros, como sucede generalmente en la mayoría de las manufacturas, y aun en el trabajo del campo, cuando los salarios son más elevados que de ordinario. Apenas existen grupos de artesanos que no sufran de una dolencia especial por la excesiva aplicación a sus respectivas labores. Ramuzzini, eminente médico italiano, ha escrito un libro sobre estas enfermedades.<sup>36</sup> Generalmente, nuestros soldados no se reclutan entre las clases más laboriosas del pueblo; pero cuando, en algunas ocasiones, han sido empleados en alguna obra particular y fueron pagados liberalmente por piezas, los oficiales se han visto, a veces, obligados a concertar con los patronos que no les sea permitido ganar más que hasta cierta cantidad diaria, de acuerdo con el precio de la respectiva tarea. Hasta que se llegó a este acuerdo, la emulación entre ellos y el deseo de obtener una ganancia mayor, los arrastraba frecuentemente a un trabajo extraordinario y a dañar su salud con una labor agotadora. La forzada laboriosidad de los cuatro primeros días de la semana suele ser la causa de la ociosidad de los tres restantes, origen de tantas y tan repetidas quejas. Un excesivo trabajo espiritual y corporal, durante varios días consecutivos, va seguido naturalmente en la mayor parte de los hombres de un deseo de evidente descanso, anhelo casi irresistible, salvo cuando la fuerza o una necesidad urgente lo cohiben. La naturaleza reclama que tal situación se alivie mediante el descanso unas veces, y otras, la diversión y las distracciones. La falta de esta condescendencia suele traer consecuencias peligrosísimas, y en ocasiones tan fatales, que tarde o temprano hace su aparición la enfermedad peculiar del oficio. Si los patronos diesen oídos a los dictados de la razón y de la humanidad, tratarían de moderar más que de animar la diligencia de muchos de sus obreros. Nos parece ser una cosa evidente en toda especie de labor que el hombre que trabaja con la debida moderación, a fin de hacerlo con constancia, no sólo conserva más tiempo su salud, sino que, en el curso del año, hace más labor que el que con exceso se dedica a ella.

Pretenden algunos que los obreros son generalmente más indolentes en los años de baratura de precios, y en los de carestía, más activos que de ordinario. De donde se induce que una subsistencia abundante relaja la laboriosidad, mientras que la escasez la estimula. No puede desconocerse que una moderada abundancia, por encima de lo corriente, hace perezosos a ciertos operarios; pero no nos parece lo más probable que se produzca este efecto en la mayoría de las gentes, y que los hombres, en general, trabajen más cuando están mal alimentados que cuando lo están bien, cuando se hallan extenuados que cuando se sienten animosos, cuando están con frecuencia enfermos,

<sup>36</sup> *De morbis artificum diatriba*, 1700, trad. al inglés (*A Treatise on the Diseases of Tradesmen*) por R. James, 1746.

que cuando su estado es saludable. Se ha observado que los años de carestía son, por lo general, años de epidemias y mortalidad, circunstancias suficientes por sí solas para disminuir el producto de sus actividades.

En los años de abundancia los criados suelen dejar a sus amos y fían su mantenimiento a lo que puedan conseguir con su propio esfuerzo. Pero la misma baratura de los alimentos, al aumentar el fondo destinado a mantener los criados, anima a los amos, principalmente a los colonos, a emplear un mayor número de ellos. En tales circunstancias, los dueños se prometen más utilidad de sus granos manteniendo algunos trabajadores más, que vendiendo los cereales en el mercado al bajo precio que en él rige. La demanda de jornaleros aumenta al mismo tiempo que disminuye la oferta de los llamados a satisfacerla. Como consecuencia suele subir el precio del trabajo en los años en que otros precios son baratos.

En los años de escasez, la dificultad e incertidumbre de la subsistencia hacen que tales gentes vuelvan rápidamente a sus trabajos. Pero, como entonces, el alto precio de las provisiones hace disminuir el fondo destinado a mantenerlos, los amos más bien tratan de disminuir que de aumentar aquel número. En estos años ocurre también que los obreros independientes pobres consumen, por lo general, los parvos fondos que les servían para surtir de materiales, y se convierten en jornaleros, a fin de ganar el sustento. Los que desean un empleo superan las oportunidades que se les ofrecen, y muchos están dispuestos a aceptarlo en condiciones más desfavorables que las ordinarias; con lo cual, los salarios de ambos, sirvientes y jornaleros, bajan, por lo común, en los años de carestía.

Los patronos de todo género hacen mejores arreglos con sus criados en los años de carestía que en los de abundancia, y los encuentran más sumisos y humildes en los primeros que en los segundos. No obstante, y como es natural, consideran que los primeros son más estimulantes de la laboriosidad. Los terratenientes y los colonos, que constituyen las dos clases más importantes de patronos, tienen además otra razón para preferir los años de carestía. Tanto las rentas de los unos como las ganancias de los otros dependen, en gran parte, del precio de las provisiones. Sin embargo, sería absurdo imaginar que los seres humanos rinden más cuando trabajan para otros que cuando lo hacen por su cuenta. Un modesto artesano independiente es, por lo general, más laborioso que un obrero que trabaja a destajo. El primero disfruta de todo el producto de su labor, mientras que el otro ha de compartirlo con el patrono. El uno, en su situación de independencia, se halla menos expuesto a las tentaciones de las malas compañías, que en las grandes manufacturas arruinan, con frecuencia, la moral de los demás. La superioridad del artesano independiente sobre los otros sirvientes, que se ajustan por meses o por años y cuyos jornales y mantenimiento son los mismos, trabajan mucho o poco, es todavía mayor. Los años de precios baratos aumentan la proporción

En los años de baratura los salarios son altos,

y bajos en los de carestía;

por eso los señores prefieren esos últimos.

La opinión de que los años de baratura estimulan la holganza, es errónea.

de los obreros independientes respecto a los jornaleros y dependientes de todas clases, y en los de carestía esa proporción disminuye.

Mr. Messance informa que en algunas manufacturas francesas se produce más en los años de carestía.

Un escritor francés, de grandes conocimientos y talento, Mr. Messance, recaudador de las "tallas"<sup>37</sup> en la elección de Saint-Etienne, pretende demostrar que los pobres trabajan más en los años de precios baratos que en los de carestía. A este objeto compara el valor y la cantidad de los artículos elaborados en tres manufacturas distintas en esas circunstancias disparejas: una de tejidos de lana basta, en Elbeuf, otra de telas, y la tercera, de seda, muy conocidas en toda la Generalidad de Ruán. Por la relación que presenta, sacada de los registros públicos, se advierte que la cantidad y el valor de los artículos elaborados en estas tres fábricas ha sido generalmente mayor en los años de baratura que en los de carestía, y todavía más cuantiosos, en los de más baratura, y menos, en los de mayor carestía. Las tres manufacturas, según parece, se hallan más bien en un estado estacionario, y aunque su producto varía algo, de un año a otro, en realidad se mantiene en el mismo nivel.

No existe una relación manifiesta entre la carestía o baratura de los años y las oscilaciones relativas a los productos de lino escocés y las manufacturas de lana del Condado de York.

Las manufacturas de tela en Escocia, y las de lana basta en el West Riding del condado de York, se cuentan entre las que progresan de una manera continuada, y su producto, por lo general, aumenta en cantidad y valor, salvo algunas variaciones. Pero habiendo examinado las cuentas publicadas de su producto anual, no he podido percibir en modo alguno que las variaciones estén relacionadas con la carestía o la baratura de la época. En el año 1740, que fue de gran escasez, parece que ambas declinaron considerablemente; pero, en 1756, que también fue un año de gran carestía, la manufactura escocesa hizo grandes progresos. La del Condado de York declinó y su producto no fue tan grande como lo había sido en 1755, hasta el 1766, después de la derogación de la ley del timbre americana. En este último año y en el siguiente superó cuanto había progresado antes, continuando después por el mismo camino.

El producto de todas aquellas grandes manufacturas que trabajan para un mercado distante, depende necesariamente, no tanto de la baratura o carestía de las épocas en los países donde radican, como de las circunstancias que determinan la demanda de los centros consumidores, de la paz o de la guerra, de la prosperidad o de la decadencia de manufacturas rivales, y del capricho de sus principales clientes. Además de esto, sabemos que nunca se asienta en los registros públicos la mayor parte de la obra abundante producida durante los años de baratura. Los criados, que dejan a sus amos, se convierten en trabajadores independientes, y las mujeres retornan a las casas de sus padres, ocupándose en hilar para procurarse telas bien para ellas o

<sup>37</sup> *Recherches sur la population des généralités d'Auvergne, de Lyon, de Rouen, et de quelques provinces et villes du royaume, avec des réflexions sur la valeur du bled, tant en France qu'en Angleterre, depuis 1674 jusqu'en 1764*, por Mr. Messance, recaudador de "tallas" en la elección de Saint-Etienne, 1766, páginas 287-292, 305-308.

para sus familias. Aun los obreros que trabajan por su cuenta no siempre lo hacen para vender, sino que encuentran ocupación entre sus vecinos, en manufacturas de carácter familiar. El producto de su trabajo, por consiguiente, no suele figurar en los registros públicos, que es donde se basan las memorias publicadas, a veces, con tanta ostentación, memorias que los fabricantes y los comerciantes aducen vanamente con la pretensión de anunciar la prosperidad o decadencia de los grandes imperios.

Aunque las variaciones en el precio del trabajo no siempre coinciden con las del precio de las provisiones, y las más de las veces se mueven en dirección opuesta, no por eso debemos concluir que el precio de las provisiones no tenga influencia alguna en el del trabajo. El precio en dinero de este último se regula necesariamente por dos circunstancias: la demanda de trabajo y el precio de las cosas que son necesarias y útiles para la vida. La demanda de trabajo, según vaya en aumento, sea estacionaria o decadente, o requiera una población progresiva, paralizada o se halle en franco descenso, determina la cantidad de las cosas necesarias y útiles para la existencia que deben proporcionarse al trabajador; y el precio monetario del trabajo se determina por la cuantía del ingreso necesario para comprar dicha cantidad. Y aunque este precio del trabajo (expresado en dinero) es a veces alto, siendo bajo el de las provisiones, sin embargo, lo sería mucho más si el precio de las provisiones fuera caro, en el supuesto de que la demanda continuase siendo la misma.

Que la demanda de trabajo aumente en los años de súbita y extraordinaria plenitud y disminuya en aquellos otros de rápida y acusada escasez, es la causa de que el precio pecuniario del trabajo aumente a veces en el uno y disminuya en el otro.

En un año de plenitud extraordinaria e imprevista hay, en poder de muchos patronos, fondos suficientes para emplear a gentes industriosas en número superior al empleado el año anterior, pero la oferta disponible no alcanza a cubrir esa demanda extraordinaria. Por consiguiente, los patronos que necesitan más obreros se hacen la competencia entre sí, para procurárselos, y esta competencia eleva, a veces, el precio real y el nominal del trabajo.

Lo contrario acontece en los años de inopinada y extraordinaria escasez y carestía. Los fondos destinados a dar ocupación a la industria son más pequeños que lo fueron el año anterior. Quedan sin ocupación numerosas personas, y la competencia que se hacen unas y otras para conseguir empleo, hace descender, a veces, el precio real y el nominal del trabajo. En el año 1740, que fue de extraordinaria carestía, muchas personas ofrecían sus servicios por la mera subsistencia. En los años siguientes, caracterizados por la abundancia, fue, en cambio, más difícil conseguir trabajadores y criados.

La escasez de los años de carestía, al disminuir la demanda de trabajo, tiende a rebajar su precio, y el elevado precio de las provisiones, a aumentarlo. La plenitud del año de baratura, por el contrario, al

Existe, sin embargo, una conexión entre el precio de la mano de obra y el de las provisiones.

En los años de abundancia existe una mayor demanda de trabajo,

y en los años de escasez una demanda menor;

de este modo se compensa

el efecto de las variaciones en el precio de los alimentos.

El alza de salarios aumenta los precios, pero la causa del incremento de salarios tiende a disminuir los precios.

aumentar la demanda de trabajadores, eleva el precio del trabajo, en tanto que la baratura de los alimentos hace que dicho precio baje. Dadas las variaciones corrientes del precio de las provisiones, las dos causas se compensan mutuamente, y a esta circunstancia se debe probablemente que los salarios del trabajo sean, en todas partes, más estables y fijos que el precio de los alimentos.

El alza de los salarios del trabajo aumenta necesariamente el precio de muchas cosas, al aumentar aquella parte del precio de éstas, representada por los salarios, y, debido a esta circunstancia, restringe su consumo en el interior y en el extranjero. Pero la misma causa que hace subir los salarios —el aumento de capital— tiende a incrementar sus facultades productivas, y hace que una cantidad más pequeña de trabajo produzca mayor cantidad de obra. El dueño del capital, que emplea un gran número de obreros, procura por su propia ventaja hacer una distribución y división de ocupaciones que le procure la mayor cantidad de obra posible. Por la misma razón, procura adquirir la mejor maquinaria que tanto él como los operarios consideran necesaria. Mas este fenómeno que se advierte entre los trabajadores de una manufactura se extiende, por la misma razón, a cuantos forman parte de una gran sociedad. Cuanto mayor es su número, tanto más ampliamente se distribuye, de una manera natural, entre las diferentes clases y categorías de empleos. A medida que sea mayor el número de cerebros ocupados en inventar la maquinaria más útil a cada cual para ejecutar la tarea, más perfecto será el resultado del invento. Hay, pues, muchos artículos que, debido a esos adelantos, se producen con menos trabajo que antes, de tal suerte que la subida del precio de éste se compensa con creces por la disminución en la cantidad de obreros necesarios.<sup>38</sup>

<sup>38</sup> En la primera edición se dice "que el alza de su precio no compensa la disminución de su cantidad". Ello significa que el incremento en la cantidad pagada por una cantidad de trabajo está más que compensado por la disminución en la cantidad requerida. Esta afirmación se repite *infra*, pp. 233, 234.